

EL TIO CAMORRA,

PERIODICO POLITICO Y DE TRUENO.



LA ANARQUIA Y LOS ANARQUISTAS.

Tres veces seguidas ha tenido que leer el *Tio Camorra* las palabras siguientes de un artículo de *La España*: «Es muy probable que si la Italia sigue marchando por la senda en que ha entrado caiga en los horrores de la anarquía, peores mil veces para ella que la dominación de los tudescos.» Tal es el privilegio del núm 5. A la primera vez que uno lee ciertas cosas, no quiere creer sino que son increíbles; á la segunda, quedan algunas dudas, pero á las tres, va la vencida.

Tomo II.

¿Caerá la Italia en la anarquía? Falta saber lo que significa anarquía. ¿Será verdad que la anarquía es mas temible que los tudescos? Buen remedio; el periódico *La España* tiene una receta para curar el mal, que consiste en decir á los tudescos: «venid acá, tiranuelos adorados, sacadnos el oro, robadnos el honor, atropellad á nuestras mujeres y asesinad á nuestros hijos, que todo lo daremos por bien empleado con tal de no ver el rostro á la *anarquía*.» Lo malo es que los italianos no han visto nunca la *anarquía* y conocen muy á fondo á los tudescos, por lo cual tengo por imposible que presten atencion á los consejos de *La España*.

Así son tan tercos los tales italianos que acuden á bandadas á tomar las armas para esterminar á los tudescos. ¡Ignorantes! ¿Saben ellos las consecuencias que les puede acarrear su obcecacion? Dentro de pocos dias habrán batido á los tudescos (a) austriacos, los habrán destruido para siempre; pero la anarquía los acecha por la retaguardia y clavará sus acertados dientes en las entrañas de los vencedores.

En prueba de que la Italia corre á su perdicion al combatir á los tudescos, ahí está lo que acaba de suceder en Nápoles; apenas los ciudadanos napolitanos salieron de su patria con el torpe objeto de perseguir tudescos, asomó nada menos que una puntita de la nariz de la anarquía en Nápoles, y ¡zás! no dejó casa ni calle donde no marcasse de un modo espantoso su sagrienta huella. El rey Fernando II, atraído por los malos consejos de la anarquía, hizo degollar á un sin número de personas indefensas. En las calles quedaron tendidos mas de mil trescientos cadáveres, y dentro de las casas fué mayor la mortandad, que tenia por objeto principal ejercer el robo y el saqueo sin importunos testigos. ¡Y luego habrá hombres tan temerarios que apetezcan la anarquía! ¡Estúpidos! ¿Y qué dirian los voluntarios napolitanos que iban á combatir á los tudescos bajo las órdenes de Carlos Alberto? ¡Tontos de ellos, que iban en busca de un tirano cuando se lo dejaban á la espalda! lo que ellos se dejaban á la espalda era la anarquía, la anarquía pícara que amenaza despedazar á los italianos desde que concibieron la bárbara idea de combatir á los tudescos. En el pecado llevarán la penitencia.

Por de contado que el rey de Nápoles se ha hecho célebre con esa hazaña que no tiene ejemplo en la historia de los héroes, y para prueba de lo bien preparados que estan los ánimos á ceñir á tan escelente monarca la corona de la inmortalidad, allá va eso.

En Turin querian los diputados que se mandase guardar muchos dias luto, y segun el siguiente párrafo de la *España*, «el diputado Radice se opuso á esta demostracion, diciendo que en vez de vestirse de luto debian usar todos los italianos coronas de laurel y mirto, porque las atrocidades de Nápoles habian concluido con la tiranía de los Borbones» Qué pareceres tan encontrados! Milagro será que los ciudadanos de Turin se vean libres de la anarquía! Se-

gun la *España* tambien : « El diputado Ravina pronunció un largo discurso con el mismo objeto , concluyendo con estas palabras : Que se declarase á Fernando *tirano de Nápoles y enemigo de la humanidad* ; que se envíe un mensaje á Carlos Alberto , para invitarle á que tome bajo su proteccion al pueblo napolitano ; que se levante una columna en Turin y otra en Génova para que perpetúen y muestren á las generaciones venideras , el odio que han inspirado á todos las acciones del tirano. » Y por último , el marqués Pareto , ministro de negocios estrangeros y hombre templado , dijo , si no se equivoca nuestro colega *La España* : « Es necesario en circunstancias dadas , saber hacer uso de la moderacion . Debemos examinar con detencion y conocimiento todo lo acaecido en la capital de las Dos Sicilias . Es verdad que el Borbon ha cometido *una infamia . . .* » No mas , no mas : ¡ vaya un lenguaje propio para quien empieza recomendando la moderacion ! Cuando el señor Pareto se exalte un poco ¿ qué parecerá ? Es claro , un anarquista ,

Las embajadas napolitanas han recibido tambien en Génova y Turin muestras inequívocas del entusiasmo con que los pueblos han recibido las hazañas heróicas del Rey Fernando . En uno y otro punto fueron arrancadas y pisoteadas las armas de Nápoles . Ya , ya : si esto hacian con las armas , qué hubieran hecho con los autores de tantas desgracias ? ¿ Quién sabe ? Los anarquistas de todo son capaces .

En todo se prueba la necesidad que los italianos tienen de someterse al yugo de los tudescos , y ¡ ay del que no quiera comprenderlo ! La Francia misma está dando muestras de caer en los horrores de la anarquía , segun los periódicos moderados de España , y quiera Dios que no tengan tambien nuestros vecinos que ponerse bajo la tiránica salvaguardia de los tudescos ! Y no solamente los moderados han formado mala idea de la república francesa : ahí tenemos á *Fray Gerundio* , que siempre la ha puesto mal gesto , atacándola desde que nació ; pues segun deja traslucir , nuestro reverendo padre se hubiera contentado mas con la regencia de la Duquesa de Orleans , y á fé que lo sentimos mucho , porque sabe nuestro amigo *Fray Gerundio* que le apreciamos , y tendríamos un placer en verle defender la forma de gobierno que la Francia , en uso de su soberanía , proclamó el 24 de febrero ,

Nosotros hemos combatido tambien las tendencias anárquicas de los revolucionarios de mal género , porque no estamos muy avenidos con el desórden ; pero de eso á los sueños fantásticos que se ha forjado *Fray Gerundio* hay gran distancia , y calificamos de sueños las ocurrencias de nuestro reverendo colega , porque no merecen otro nombre las suposiciones de que los obreros tratan de entregarse á todos los desmanes imaginables . Pláceme á mi , el *Tío Camorra* , dar garrotazos á los holgazanes y á los revoltosos ; pero no me gusta ver que un escritor que dice ser liberal se ensañe contra todos los obreros , que no por ser obreros merecen los epítetos

de revoltosos, holgazanes y borrachos, que nuestro padre *Fray Gerundio* les prodiga. Tampoco me agrada eso de ver ridiculizar las palabras *libertad, igualdad y fraternidad*, máxime cuando no son una mentira, como puede conocerlo y debe confesarlo el mismo *Tirabeque*, dejando la tarea de hacer necesaria la vuelta de *Luis Felipe* a los enemigos de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad.

Insensiblemente nos hemos metido en el campo de la formalidad, que no conviene á nuestros trabajos domingueros; pero hay cosas que no pueden tratarse alegremente: tales son los tiros injustos que se disparan contra la heroica revolucion de febrero, y los entretenimientos del rey de Nápoles.

EL SOMBRERERO.

Era un día de cuaresma
en la ciudad de Toledo,
cuando, si no me equivoco,
tuvo lugar este cuento.

Se aglomeraba la gente
con mucho afán en los templos
para cumplir con la iglesia
como hacen los hombres buenos,
y no á cumplir con el mundo
como hacen otros mostrencos,
lo cual, por mas que se diga,
ni es lo mismo ni es lo mesmo.

Pugnaban los penitentes
en su religioso celo
por aliviar su conciencia
de toda inmundicia y peso.

Y entre los buenos cristianos
que á su deber concurrieron
para ganar en la tierra
el pasaporte del cielo,
un sombrerero empleaba
sus fuertes y ágiles remos,
que hay hombres buenos cristianos
á pesar de hacer sombreros.

Era un fraile el que incrustado,
con venerable silencio,
en el oscuro recinto
de un confesonario negro;

de sus culpas absolvía,
 en nombre del Ser Supremo,
 á los pobres pecadores
 arrepentidos de serlo.

Un poquito ancho de manga
 debía ser por mas cierto
 el confesor religioso,
 cuyo nombre no recuerdo,
 aunque en el caso presente
 dá lo mismo en mi concepto
 que se llamara Fray Pablo,
 Fray Luis, Fray Juan ó Fray Pedro.

Digo que era ancho de manga
 el buen señor reverendo,
 y nadie podrá dudarlo
 pues en un momento..... y menos,
 despachó á cuatro beatas,
 cinco doncellas, seis viejos,
 diez sastres, doce estudiantes,
 tres viudas y un zapatero,

que en un momento no es poco,
 aunque en verdad yo confieso
 que aun ignoro cuántos son
 los minutos de un momento.

Llególe su vez, al cabo,
 al festivo zapatero,
 que á confesar dió principio
 en muy semejantes términos:

—«Acúsome, padre mio,
 de que soy algo travieso
 en eso que los mortales
 suelen llamar devaneos.

En cuanto Dios amanece,
 ya en verano, ya en invierno,
 me levanto, y al instante
 tomo las de Villadiego.

Voy á ver á una muchacha
 de buen semblante, ojos negros,
 blanca tez, cabello rubio,
 lindo talle y pié pequeño.

Esta chica me entretiene
 y yo tambien la entretengo,
 y á nadie hacemos perjuicio
 con tal entretenimiento.

Allí estoy hasta las once
 regalado y satisfecho,
 porque hay tal correspondencia

de cariños y de obsequios,
que en reciproco servicio
los dos quedamos contentos.

Yo la doy el desayuno,
pero ella me dá el almuerzo.

Desde allí tomo el portante,
y á cumplir voy los deseos
de una señora muy guapa,
si á lo presente no ofendo.

Yo soy libre, y ella es libre,
aunque no de estado honesto,
porque enviudó á consecuencia
de haber su marido muerto.

La saludo, me saluda,
me consuela, la consuelo,
y reimos y cantamos,
y bailamos y comemos,

y en fin... pasamos el rato
en estos y en otros juegos,
que referirlos seria
de nunca acabar el cuento.

Voy luego á ver á mi novia,
á quien amo con estremo,
que es, como yo, en sus amores
de fidelidad ejemplo.

Aquí me paso tres horas
imaginando requiebros,
y recibiendo piropos,
y prestando juramentos,

ó escuchando necias quejas,
ó tolerando dicterios,
ó bien sorbiendo suspiros,
ó bien apurando zelos.

Y despues es necesario
probar que soy buen sugeto
con hechos que son capaces
de convencer al mas terco.

Y así se queda contenta
hasta otro día que vuelvo
para repetir lo mismo
sobre poco mas ó menos.

Esta es mi vida; no falta
decir mas, á lo que creo,
sino decir que me dá
de merendar, y meriendo,

y que salgo á distraerme
con mucho juicio, y paseo,

y luego voy al café

con amigos muy discretos,

y allí echamos una copa

del buen vino de Burdeos,

de rom . . . en una palabra,

de cualquier otro refresco.

Y aquí acaban mis hazañas

de día; fáltame luego

invertir la media noche,

porque hay que pasar el tiempo,

en jugar, por de contado,

como honrado y caballero,

á juegos que nadie puede

rechazar por deshonestos:

Al mús, á cinco amarracos,

al tute, á cien tantos hechos,

á la roleta, á la banca,

ó al cané ó á los borregos.

Y despues voy á acostarme,

donde rabio ó donde duermo,

ya porque salí ganando,

ya porque salí perdiendo.

En esto paso mi vida;

su voto, señor, espero

para afirmar mis virtudes,

ó para enmendar mis yerros.

— Miraba, pues, el buen hombre

de su confesor el gesto,

que á la verdad, le escuchaba

pensativo y macilento.

Por fin habló el religioso

como quien hace un esfuerzo,

para decir solamente

lo que á trascribir me atrevo:

— « Su vida de usted, hermano,

no es de virtud un modelo;

pero no estoy asombrado

de tan atroz desarreglo.

Lo que me tiene aturdido,

lo que dijérfr no puedo,

es otra cosa que casi

casi parece un misterio.

Si pasa el día con mozas,

y por la noche en el juego:

diga usted, amigo mio,

¿ cuando hace usted los sombreros? »

La pregunta del fraile no podia ser mas natural, y apurado

debía verse el sombrerero para contestar, si no decia lo del escobero, que por si ustedes no lo saben se lo voy á contar. Iba un escobero por la calle gritando ¡ á cuatro cuartos escobas! ¡ á cuatro cuartos escobas! cuando oyó la voz de otro que decia: ¡ escobas á dos cuartos! en vista de lo cual el primero, para que no le hicieran mal tercio, bajó tambien á dos cuartos el precio de sus escobas. Pero no surtió efecto, porque entonces el escobero número 2, exclamó: ¡ á cuarto, á cuarto, las escobas de pleita! Incomodado el primer escobero, se acercó al otro y le dijo: - Hombre, hábleme usted francamente; yo robo la pleita, robo la caña y robó la cuerda, y todavia gano poco vendiendo las escobas á dos cuartos: con que ¿ cómo se compone usted para darlas á cuarto? - Eso consiste, dijo el otro, en que yo las robo hechas.

Esto podia haber dicho el de los sombreros; sin embargo, no hemos podido saber lo que contestó. Nuestros lectores disimularán que no se lo digamos, y que de vez en cuando insertemos composiciones puramente literarias en atencion á las circunstancias.

POSIBILIDAD DE HACER TRANSIGIR AL TIO CAMORRA.

—
(SUEÑO FANTÁSTICO.)

Deciame el otro dia
un hombre bastante ducho,
(que sobornarme queria)
que era peligrosa, y mucho
la marcha que yo seguia.

Que me van á los alcances
y evitarlo es necesario,
pues en tan terribles lances
iba á sufrir mil percances
al publicar mi diario.

Pretendia el camarada,
y este era el fin principal,
que yo saliese, ahí es nada,
con la bromita pesada
de hacerme ministerial.

Yo le dije: poco valgo,
mas juzgo tener acciones
muy nobles, sin ser hidalgo,
y aun puede que hagamos algo

si admite mis condiciones.

— Su tarea es enfadosa
volvió à decir aquel nene
gastando bastante prosa,
y le aconsejo una cosa
que en mi opinion le conviene.

Permita usted que le diga
sin intencion y sin saña,
ya que à decirlo me obliga,
que las ideas que abriga
no tienen eco en España.

Esos no pasan de ser
delirios de un hombre lerdo,
y justo fué responder:
poco podremos hacer,
porque no estamos de acuerdo.

Si tengo ó no quien me lea,
díganlo las suscripciones;
coja usted la lista y vea
que esto dice quien desea
presentar sus condiciones.

—Calle usted, santo varon,
replicó aquel mentecato,
que es la primer condicion
que cambie usted de opinion
si hemos de hacer un buen trato.

—Con que es decir que yo, impio,
deje de ser liberal?
perdone usted si me rio,
que ya es esa, amigo mio,
harina de otro costal.

Aunque tengo el gran placer
de que jóven vengo à ser,
soy liberal muy añejo
para que pueda volver
hácia atras como el cangrejo.

Quiero decirle con esto
que debe dejarse presto
de darme tales razones,
porque estoy poco dispuesto
à admitir sus condiciones.

— No riño, aunque usted se empeña,
por quitame allá esas pajas;

y en reparar usted sueña
una contra tan pequeña
donde hay tan grandes ventajas.

Aun cuando usted se sonroje
dice un refrán, y no es lego;
«quien bien tiene y mal escoje,
por mal que le venga luego,
ni se asuste ni se enoje.»

Mírelo usted con cuidado,
pues debe haber observado,
segun se aplaude á Cervantes,
que ya aquel tiempo ha pasado
de caballeros andantes.

Ahora, si usted tiene empeño
en no disfrutar del sueño
y ama las persecuciones,
puede usted, porque es muy dueño,
desechar mis condiciones.

—
Mire usted, prosiguió el hombre
humilde como una malva,
que este convenio le salva
y mi empeño no le asombre
porque la ocasion es calva.

Usted que tiene talento
(no agradezco el agasajo)
puede vivir y andar majo
y gozar y estar contento
sio que le mate el trabajo.

Hemos visto á troche y moche,
y esto es moneda al contado,
como del dia á la noche
cualquier pobre renegado
tiene rangoy gasta coche.

Estas cosas que le digo
no son puras ilusiones;
fuera paja y venga trigo,
y asi debe usted, mi amigo,
meditar las condiciones.

—
Aunque estube algo reacio
contesté al fin (vive Cristo)
que no me enfada el prefacio;
y la cosa por lo visto
debe mirarse despacio.

Mal hace aquel que se espanta

de que el miedo en mi se agolpe
y ambicion descubra tanta,
que una piedra se quebranta
en fuerza de tanto golpe.

Y si en este punto marro,
piense quien lo tome á pechos,
aunque sea hombre bizarro,
que de barro somos hechos
y débiles como el barro.

Así, pues, súbitamente,
como en tales ocasiones
suele hacer la buena gente,
dije al amigo: corriente,
y ofrecí mis condiciones.

Jamás podreis conseguir
(y esto lo dije muy serio)
que llegue yo á convenir
en que es forzoso aplaudir
la marcha del ministerio.

Si he de seguir marcha tal
y así lo bueno acojer
como lo malo y fatal,
nadie debe pretender
que me haga ministerial.

Mas lo contrario me ahorra,
y si está todo el misterio
en que yo tuerza la porra,
por que no hace el ministerio
lo que quiere el *Tío Camorra*?

Que se mediten es justo
tan bellas proposiciones,
y nadie se lleve susto,
que yo seguiré con gusto
presentando condiciones.

Yo defendiendo la verdad
como una y una son dos,
y digo con terquedad:
dése al pueblo libertad
que eso es lo que manda Dios.

No andemos con amargura
rodando como una bola,
y haya una base segura
en que afirmar la ventura
de la nacion española.

No sufra la imprenta males
ni den límites estrechos
á los que son liberales :
seamos todos iguales
en deberes y derechos.

Sufran rebaja y bastante
las altas contribuciones ;
cesen las persecuciones ,
y no estaré muy distante
de admitir las condiciones.

A pensamientos tan bellos
no pueden decir que no,
y si hay de razón destellos
es muy justo que hagan ellos
lo que quieren que haga yo.

De lo contrario no quieran
que les dé mi pluma agrado ,
aunque halagarme supieran
y á mi ambicion prometieran
algun palacio encantado.

Que no soy yo ningun ente
como hay algunos señores
de la codiciosa gente ,
á quien vencen fácilmente
la riqueza y los honores.

Y sin necias discusiones ,
con tal que al bien se resuelvan ,
cesarán las disensiones :
de lo contrario.... no vuelvan
á presentar condiciones.

DIALOGO DE DOS BILLETES.

Una de las ventajas que nos ha proporcionado la situación es el podernos fiar de nosotros mismos cuando estamos durmiendo. Antes solia uno quedarse hecho un madero en cuanto se metia en la cama, y durante el primer sueño no habia cuidado que despertase, aunque, como suele decirse, disparasen á su puerta un cañon de á veinticuatro. Las razones de semejante mudanza son fáciles de comprender. Primero hay que observar, que en aquel tiempo se

entregaba uno á ejercicios corporales, que no por ser provechosos dejaban de rendirle. Se iba uno á almorzar á la Puerta de Hierro, se brincaba, se corría todo Madrid, se jugaba al villar la friolera de veinte ó treinta mesas, y así en cuanto uno dejaba caer la cabeza en la almohada ya estaba asegurado por unas cuantas horas. Por otra parte, no había ciertos cuidados que le desvelasen á uno, tales como el recelo de caer en manos de la policía y otros no menos temibles. Ahora todo ha variado: en primer lugar se está uno todo el día agazapado en su casa, es decir, en la casa que le proporciona la misericordia de Dios ó de los hombres. Su único ejercicio es acostarse, levantarse, tocar la guitarra y volver á acostarse, para volver á levantarse, á tocar la guitarra y á acostarse, lo cual no es para matar á un hombre aunque tenga mala madera, como suele decirse; y como el sueño que uno había de echar por espacio de seis horas, lo ha disfrutado en treinta y seis porciones de á diez minutos, le viene á suceder aquello de dejar de comer por haber comido.

¡Buena vida! y aunque no fuera mas que por el poco trabajo que uno tiene, debía dormir poco; pero no es esta la causa principal de perder el sueño; la razón mas poderosa en mi concepto está en que no puede dormir con seguridad el que no puede estar despierto con seguridad, y esto no necesita demostración. Así, el menor ruido producido por el perro que se sacude las pulgas, ó por el gato que hace rodar el bastón, ó por el viento que pega un empujón á la vidriera, viene á turbar el sueño, y al paso que vamos creo que no hemos de tener que envidiar mucho á las liebres en eso de dormir con los ojos abiertos.

Digo esto para que nadie se estrañe al saber que ayer noche me desperté al oír un ligerísimo murmullo semejante al zumbido de los mosquitos. Apliqué el oído y escuché una sorda conversacion como de dos personas que se hallaban próximas á mi cama. En seguida me incorporé, di un grito, eché mano á las pistolas... Pero ¿qué digo? no, esto último no es cierto; yo no tengo pistolas, y si las tuviera ya las habría entregado para no esponerme á lo que todo el mundo sabe. Al momento dejé de oír el rumor que me había desvelado, y creyendo que todo sería una ilusion de la mente acalorada, volví á tenderme á la larga como si tal cosa hubiera sucedido. Pero no habían pasado tres minutos cuando volví á escuchar el mismo ruido, y por las primeras palabras pude traslucir que los que conversaban no eran personas humanas á pesar de lo bien que hablaban el castellano, que muchos suelen hablar el castellano sin ser personas, y sobre todo sin ser humanos.

— ¿Cuánto vales tú? decía un interlocutor al otro.

— Yo valía mil reales, pero ahora no sé lo que valgo, ó por mejor decir sé que no valgo nada. ¿Y tú?

— Yo valía quinientos reales, pero ahora valgo menos que nada.

Acordéme entonces de que tenía en el bolsillo dos billetes, uno

de mil reales y otro de quinientos, y dije para mí: ¡que me áspea si no son los billetes del Banco los que tienen esa conversacion tan tirada! Algo cuesta arriba debia hacérseme el creer que hablaran los billetes, pero considerando los progresos que vamos haciendo en España, segun indica el *Heraldo*, acabé por convencerme de que los billetes hablaban el castellano, y que acaso harian mejores diputados, que otros cuya oratoria consiste en la pequeña dificultad de pronunciar un monoslabo. Es verdad que Dios no ha repartido por igual el talento á los hombres, y que no todos tenemos obligacion de poseer la arrebatadora elecuencia del Señor Belloso, diputado por Medina del Campo. Con pocos oradores de este calibre, serian las discusiones como Dios, no porque fueran *eternas*, sino porque no tendrian principio ni fin.

—¿Pues cómo es eso? volvió á preguntar el billete mas bajo al mas alto.

—Eso es muy sencillo, respondió este, y no tengo de qué quejarme porque no he hecho mas que seguir las leyes de la naturaleza, en virtud de las cuales todos hemos de volver á la nada de donde salimos. Trapo fui, subi á papel, me remonté á billete, he vuelto á descender á desempeñar el *simple papel* de *papel simple* y harto será que tarde mucho en disfrutar mi primitiva condicion de trapo. ¡Ojalá nunca hubiera salido de ella!

—¿Pues qué tan mal oficio te parece el ser billete?

—Segun y conforme; yo me alegraria haber obtenido la gracia de ser billete amoroso, siquiera por ser el conductor de esas bellas flores con que suele engalanar sus penas ó sus placeres un alma apasionada. Tal vez habria sido depositario de unos versos dulces, encantadores, ardientes, y que acaso lograsen la inmortalidad lisonjeando mi amor propio. De todos modos habria ido á parar, esto es lo probable, á manos de una bella, que en los raptos de su amor me haria objeto de los cariños que no pudiera prodigar á su amante.

—¡Qué rico tan gusto! replicó el de *quinientos* en lugar de decir qué gusto tan rico, y su compañero continuó á pesar de la interrupcion.

—Ya que no nací para billete amoroso, quisiera haber sido billete de teatro, público ó casero, que tambien suelen los tales billetitos ofrecer obsequios y tienen el poder de convertir á damas desdeñosas, si bien es cierto que algunas veces hacen un papel en que lo brillante está en razon inversa de lo decoroso. Pero al fin, esos billetes tienen un precio que en lugar de perder ganan, como que los de á dos pesetas se suelen vender á duro, y los de á doce reales á media onza, en cuyos casos hay muchos caballeros y muy nobles damas que segun sus propias espresiones darian media vida por un billete. Lo cierto es que esos billetes, cuando no valen mas, tampoco valen menos de su precio corriente, y que todo el mundo los recibe con gusto en tanto que nosotros vamos cada vez á menos, y si alguien

nos recibe en su casa es de mala gana y pensando siempre en lanzarnos de su lado con menos recio.

—Razones que convencen á una piedra; pero ¿qué le hemos de hacer? Si la suerte quiso que fuésemos billetes, y no nacimos para cantar amores ó facilitar la entrada en diversiones públicas, por fuerza amamos de ser billetes del Banco.

—Tambien podíamos haber sido billetes de la lotería.

—Es verdad, y que no son los billetes que menos apasionados cuentan.

—Y hubiéramos valido cuando menos un par de duros, y si dábamos con el premio, hasta un millon de reales.

—En efecto, veo que hemos escogido lo peor de la raza, porque de todos los billetes del mundo somos los mas postergados. Pero ahora que me acuerdo, ¿cuál es el valor real que tú tienes en el dia?

—No lo sé: segun el nombre de pila que me dieron, represento mil reales; pero como de un dia para otro va en decadencia nuestro valor á medida que crece el descuento, no sé si el dia de mañana representaré una cantidad negativa, y no habrá quien me quiera recibir aunque le den dinero encima. Lo que es por mí, si me obligan á decir la verdad bajo palabra de honor, diré que soy un cero á la izquierda, ó lo que es lo mismo, que no valgo nada. Porque si de mil reales quitamos ciento, y luego otros ciento, y despues otros ciento, hasta diez veces, ¿qué vendrá á quedar en limpio? Nada, y eso es justamente lo que ha pasado por mí. Desde que empezó la crisis monetaria he sufrido diez veces el descuento del diez por ciento, de suerte que ya no debo valer un maravedí, ó mienten las reglas de la aritmética. ¿Y tú?

—Yo le diré á usted (se me habia olvidado decir que el mas pequeño trataba de usted al mas grande). Yo sufrí el año pasado primeramente un cinco por ciento de rebaja.

—De suerte que viniste á perder veinticinco reales.

—Luego sufrí el descuento del ocho dos veces, no de los 475 reales que valia ya, sino de los 500 que habia valido.

—Son ochenta reales de pérdida, que rebajándolos de 475, quedan 395.

—Ahora he pasado por el descuento del diez, catorce veces seguidas; y no el diez por ciento de los 395, sino el de 500: de modo que hoy vengo á representar una cantidad negativa de trescientos y cinco reales, es decir, que el que me posea hace cuenta que carga con una deuda de trescientos reales del pico, y ademas un pico.

—Es una verdad que podemos llamar matemática.

—Y qué le parece á usted del amo en cuyo poder estamos en el dia?

Al oír yo, el *Tío Camorra*, que los billetes iban á entablar su conversacion acerca de mi persona, abrí un oído de ético y me puse á escuchar con el cuidado que pueden mis lectores figurarse.

—Nuestro amo actual... dijo el de á mil dando un estornudo producido sin duda por el polvillo de tabaco que siempre se escurre en los bolsillos de los fumadores; nuestro amo actual es un escritor público que cree que todo lo sabe y no sabe, que nosotros podríamos enseñarle todavía mucho, si quisiéramos revelarle lo que hemos visto en el tiempo que llevamos de circulacion. Le diríamos quién es el Banco y quiénes son los comisionados de descuento, y quién tiene la culpa de lo que está pasando, y como los unos pierden y los otros ganan, y que es verdad que á rio revuelto ganancia de pescadores, y que si se quisiera terminar la crisis seria muy fácil, y quiénes son los que podrian poner el remedio, y cuál es este remedio, y...

El *Tío Camorra* no pudo contener la tos, y conociendo los billetes que estaba despierto se callaron como unos zorros, sin que en el resto de la noche volviesen á desplegar sus labios, pues el *paleta*, que tenia gana de apurar la conversacion, estuvo muchas horas sin poder pegar los dedos, como otros estan sin pegar los ojos. Por lo que pueda interesarle procurará el *Tío Camorra* no cambiar esos billetes hasta sonsacarles lo que pueda, si es que ellos se dan á razones.

Se suscribe en Madrid á 8 rs. al mes en la redaccion, calle de Alcalá núm. 44, cuarto bajo, y en las librerías de CUESTA, MATUTE, GASPAR y ROIG, en el obrador de libros rayados y encuadernaciones de MARIN y BATRES, calle de S. Martin, núm 4, y en la librería de MONIER, carrera de S. Gerónimo.

En provincias; 50 rs. por trimestre, en las principales librerías y administraciones de correos.

Editor responsable, D. MANUEL TURREZ.